

Europa

Por Pedro BOSCH-GIMPERA



“...Europa aparece lúcida y consciente de sí misma...”

Europa ha sido permanentemente un hogar de civilización desde los primeros tiempos de la vida de la Humanidad.

El arte del paleolítico de Francia, de España y de Italia es el prelude de un desarrollo que habrá de continuarse en todas las épocas. Si el Oriente se adelanta a Europa en la creación de los valores de la vida urbana y política o de los que han dado al hombre las grandes religiones, con el desarrollo de la civilización griega se crearon las esencias de la de Occidente y ellas mantienen siempre su alto significado.

De la Grecia homérica a la Grecia helenística y a la expansión de la civilización romana se siguen los *leit motives* que se reconocerán en todos los momentos en que Europa aparece lúcida y consciente de sí misma, a pesar de decadencias y ofuscaciones temporales. Hay lazos esenciales que unen la filosofía, la poesía y la ciencia de la Grecia antigua con Cicerón, Horacio y Séneca, con San Francisco de Asís, Dante y Santo Tomás de Aquino, con Vives, Erasmo, Tomás Moro, con Leonardo de Vinci, Bacon y Montaigne, con Descartes, Newton y Leibniz, con Buffon, Diderot y Rousseau, con Kant y Goethe, con la medicina, la matemática y toda la ciencia modernas. La experiencia clásica prefigura las que se repiten amplificadas en las etapas siguientes y ella planteó todos los problemas que todavía nos planteamos, enfrentándose con los mismos peligros y las mismas amenazas con que nosotros tenemos que enfrentarnos, tratando de descubrir la manera de reaccionar ante ellos. De la democracia ateniense a la *Declaración de los Derechos del Hombre* se sigue una evolución, a veces interrumpida, pero que es reemprendida constantemente.

Para el humanismo europeo cuentan ante todo los valores del hombre como tal. Partiendo de la igualdad esencial de todos, trata de hacer efectiva la libertad individual y política, la libre investigación de todos los problemas del hombre y del mundo, intentando explicárselos racionalmente y resistiéndose a aceptar criterios impuestos de autoridad y seguidos ciegamente. El mismo pensamiento religioso participa de esta característica y, hasta al llegar a las teologías más sutiles, es siempre el impulso que lleva al hombre a la Divinidad, sin perder de vista al mismo hombre ni el mundo real en que vive y actúa.

Entre los demás valores, el que permanece siendo el máspreciado para la civilización europea es acaso la conciencia del hombre como “ser humano”, buscando su propia verdad y encontrando medios de inteligencia con los hombres de todas las razas y de todas las culturas, no dejando absorber su personalidad y su dignidad por las comunidades a que pertenece, incluso por el estado o por la religión.

El helenismo se difundió sucesivamente entre los pueblos que vivían retrasados respecto de él en el Mediterráneo. En contacto con él surgieron nuevas civilizaciones en Etruria, en Roma, entre los iberos de España, entre los celtas de Francia y de la Europa central, entre los escitas del borde del Mar Negro, preparándose el terreno para la unificación o la influencia romanas.

El contacto con el Oriente —que había influido repetidas veces en la propia Grecia— cambió de polo con Alejandro y los imperios helenísticos y la civilización de éstos ejerció su influencia no sólo en el Próximo Oriente, sino en la India

e indirectamente en China, sede de otras civilizaciones, en donde se creaban otros valores de que son herederos los pueblos orientales modernos.

Si el Imperio Romano de Occidente terminó con la catástrofe de las migraciones del siglo v, el de Bizancio —la Roma oriental— veló por la permanencia de la tradición clásica. Todo no había sido perdido, sin embargo, en Occidente. Los germanos infiltrados entre sus pueblos estaban ya romanizados en parte y lo fueron todavía más al aclimatarse entre aquéllos. En la Edad Media, el Romanismo continuó siendo un elemento activo de la civilización europea; él y el Cristianismo —que había vivificado ya al Imperio Romano en sus últimos tiempos, infundiéndole un espíritu nuevo y abriendo nuevas perspectivas de universalidad— fueron las bases de la civilización europea ulterior, que, a pesar de las diferencias nacionales que la matizan, es esencialmente una.

No se hizo eso sin conflictos. Hubo amenazas e invasiones de los pueblos bárbaros del Asia Central o de los islamizados del Próximo Oriente y de África. Pero estos últimos llevaron a Europa enriquecimientos a su civilización —la ciencia de China y de la India asimilada por los árabes, una parte de la filosofía y la ciencia griegas que había caído en olvido en Occidente— que se extendieron en Europa a través de España, de Sicilia o de Italia. A pesar de las guerras y de los conflictos interiores, los pueblos se acercaban. Fue el caso de las Cruzadas que contribuyeron a poner en contacto el Oriente y el Occidente. Y, cuando Bizancio fue destruido, nuevas influencias de la tradición clásica aceleraron el Renacimiento y con él Europa vivió un nuevo apogeo.

Con el Renacimiento los portugueses y los españoles realizaron en todo el Ecumeno —que poco venía a ser ya el Universo— lo que los griegos habían hecho en el suyo. Lo ensancharon con los contactos con África, con la India y con el Extremo Oriente, así como con el descubrimiento y la colonización de América y con la travesía del Pacífico. Llegaron después las empresas de los holandeses, de los ingleses y de los franceses.

A pesar de las rivalidades nacionales, de los imperialismos, de la ruptura de la unidad religiosa con su secuela de persecuciones, de intolerancia y de guerras, se desarrollaba una nueva civilización europea. Rusia se incorporaba a ella y América terminaba también por integrarla, con sus matices indígenas, sobre todo en la América hispana. Si las civilizaciones precolombianas sufrieron destrucciones y mutilaciones, no se perdió todo y la contribución americana enriqueció la civilización de la nueva Europa en su alimentación, su medicina y su economía y dando lugar a un ensanchamiento de perspectivas que creó poco a poco un nuevo espíritu ecuménico. De los pueblos autóctonos matizándose o mezclándose con los negros importados y con los inmigrantes europeos, acimatados en un ambiente enormemente variado, se incubaban naciones que manteniendo la herencia europea conservaban tradiciones o influencias de las poblaciones a las que los europeos se superpusieron o a las que se habían yuxtapuesto, ya que quedaba intacto un número enorme de indígenas no asimilados o no incorporados.

El Renacimiento hizo surgir creaciones artísticas que, te-

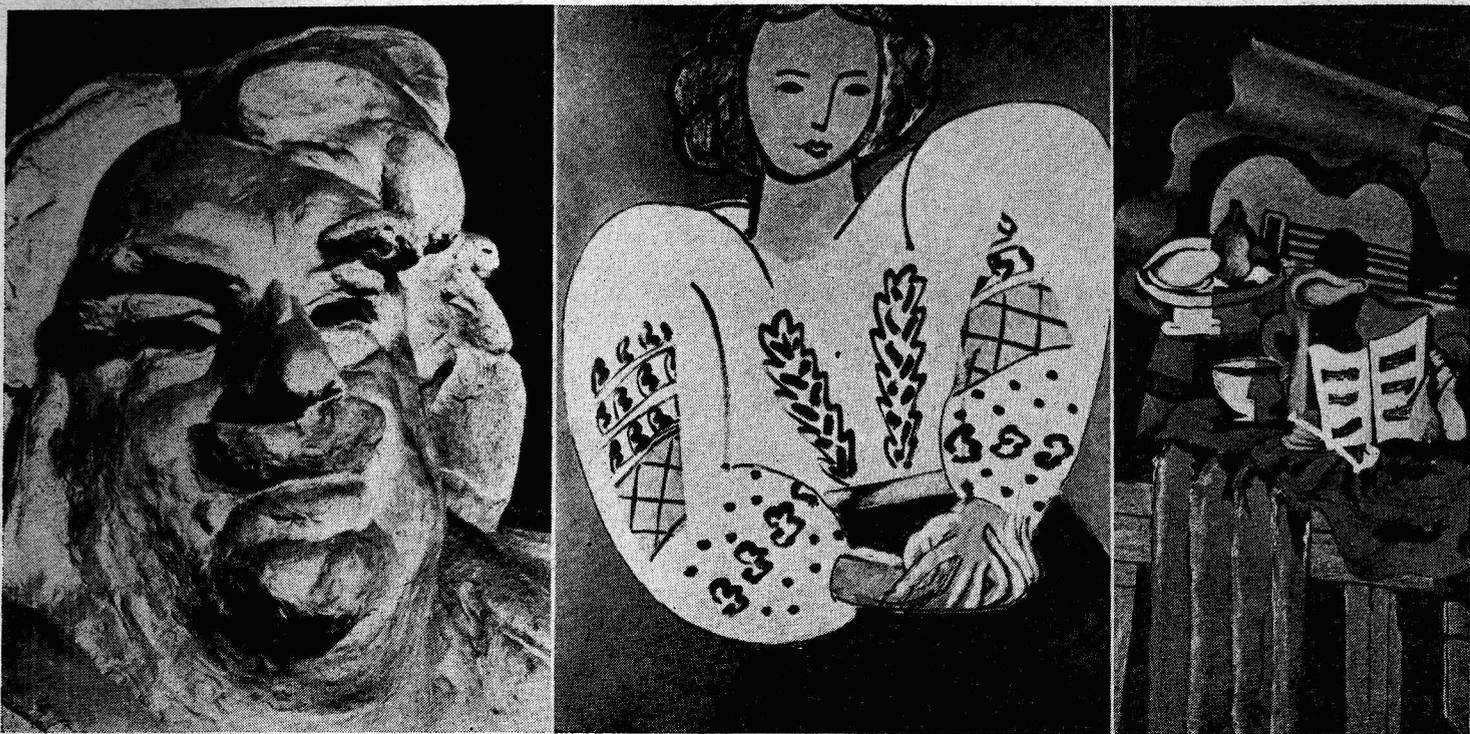
niendo en Italia su hogar más ilustre, se produjeron también en los demás países. En todos los órdenes de la cultura floreció un humanismo renovado que, inspirándose en el greco-romano, se desplegaba en horizontes más amplios y hacía florecer con originalidad las ciencias experimentales, las matemáticas, la filosofía y nuevas inquietudes religiosas y políticas. Después de la unidad religiosa cristiana de la Edad Media —más o menos lograda— la nueva Europa se laicizaba y la autoridad religiosa o política se hallaba en crisis. Las tendencias democráticas de la Edad Media parecían ahogadas por las monarquías autoritarias que pretendían fundarse en un derecho divino, interpretado a su modo, y que organizaban estados nacionales en que las viejas aristocracias perdían su antiguo sentido funcional y se convertían en algo meramente suntuario, sin abandonar antiguos privilegios que en la Edad Media justificaba la función ejercida. Su lugar en la gestión estatal lo tomaban funcionarios dependientes del favor real y, en la economía, surgían burguesías enriquecidas por el comercio mundial, resultado de los descubrimientos geográficos y de las colonizaciones. Al fin se sintió la opresión del régimen autoritario y de la estructura social que mantenía aún bastante intactos los cuadros de la tradición medieval. Se produjeron entonces las revoluciones políticas en Inglaterra, en América y en Francia, con repercusiones en los demás países de Europa y de la América Latina. La democracia —creada por los estados de la Grecia antigua, latente en muchas instituciones de la Edad Media y hasta fundamentada filosóficamente por los pensadores medievales— apoyándose en las tendencias comunes a todos los pueblos europeos, renovada por la filosofía del Iluminismo, enfrentada a problemas más amplios y pronto a los sociales del siglo xix parecía y parece todavía a muchos la organización europea por excelencia, incluso el ideal de la organización humana.

La creación de un orden político nuevo y de una nueva riqueza apoyada en el progreso técnico e intelectual del siglo xix se hizo no sin luchas, revoluciones y reacciones. Esta evolución no ha terminado aún y una gran parte de los conflictos actuales deriva de la permanencia de los problemas planteados por las grandes revoluciones, por la dificultad de resolverlos y de crear un nuevo orden estable, desaparecido el del "antiguo régimen". Así, los problemas sociales son el resultado del advenimiento a la madurez y a la conciencia de las nuevas clases de la sociedad, aparecidos con el trastorno del antiguo orden producido por la Revolución francesa y por su repercusión más o menos retrasada en toda Europa. El fin del orden nobiliario y feudal del antiguo régimen trajo consigo el advenimiento del tercer estado, animador del movimiento económico que hizo posible la revolución industrial, al que siguió el del "cuarto" estado, el cual, planteando los problemas sociales y los de las grandes masas, amplificó los problemas anteriores imperfectamente resueltos. Con ello se halla en crisis no sólo la estructura política y económica sino la de toda la sociedad y de sus cimientos intelectuales y morales.

Los nuevos imperialismos y la nueva expansión colonial de Inglaterra y de Francia orientándose hacia el Asia, el África



"...sus pueblos estaban ya romanizados en parte..."



"Este humanismo europeo deberá coordinarse con el de otros sectores..."

y la Oceanía, al que siguieron las tentativas de Alemania y de Italia de abrirse un lugar en África; la expansión de Rusia en Asia; la decadencia de Turquía como potencia hegemónica en los Balcanes y en el Próximo Oriente; el hundimiento de los imperios español y portugués en la América latina y el desarrollo de nuevas naciones americanas paralelo al de los Estados Unidos de Norte América; todo ello, a la vez que proyecta los problemas de Europa en una escala mundial, los complica con los que hizo surgir el contacto con los mundos no europeos, los cuales también tomaban conciencia de ellos mismos, tratando unos de volver a desempeñar su antiguo papel histórico y, otros, de crearse una personalidad, reaccionando ante la europeización impuesta o aceptada, comenzando el desarrollo de las poblaciones indígenas africanas o americanas que habían permanecido en retraso.

Las dos guerras mundiales constituyeron la crisis aguda resultante de los conflictos no apaciguados o de las soluciones viciosas aplicadas a dolencias seculares. Al fin de la primera guerra, la revolución rusa creó el nuevo tipo de la sociedad soviética que había de estabilizar un socialismo autoritario fundado en la "dictadura del proletariado", en realidad la del partido comunista. En Italia, el fascismo y en Alemania el nazismo, apoyado en sus teorías racistas y con su intento de establecer una hegemonía en Europa y un nuevo orden para un milenio, provocaron la segunda guerra mundial. El contagio de los regímenes autoritarios y los problemas interiores de las democracias llevaban a dictaduras que se estabilizaban en Portugal y en España en formas diversas. Después del aniquilamiento del nazismo no se alcanza la estabilidad y la "guerra fría" con la amenaza de nuevos conflictos mantiene el terror de que se produzcan catástrofes más terribles que las anteriores. No es la menor de aquéllas la tendencia a la polarización en dos grupos de pueblos con diferencias esenciales en sus patrones de vida, en sus métodos políticos, en sus sistemas económicos y en su idea del hombre.

De los sufrimientos pasados y de los que continúan padeciéndose surge el clamor de la necesidad de asegurar una paz estabilizada. No es un problema nuevo en la Historia. Las amficciónas griegas o los imperios antiguos tuvieron conciencia de ello y lo consiguieron temporalmente mediante pactos o imposiciones. Hubo una *pax romana* más o menos lograda. Hubo un orden cristiano en el cual el Papado trataba de asumir la función de árbitro. El *Grand Dessein* del tiempo de Enrique IV de Francia, el derecho internacional de Grocio precedido por los ensayos de Vives y Vitoria, Kant mismo, sintieron la obsesión de la paz. El sueño de Bolívar y el Congreso de Panamá, las conferencias de la paz, el Tribunal de La Haya, la Sociedad de Naciones, la O.N.U. reemprenden el propósito en un cuadro cada vez más amplio. Nunca se ha llegado a la meta; pero se siente cada vez con más fuerza y más urgencia la necesidad de encontrar el camino que conduzca a ella. Claramente se ve que el problema no es tan sólo político o de orden material y que no bastan soluciones parciales políticas o

materiales. Es sobre todo un problema moral el de la creación de un clima de paz y de encontrar los medios de salvaguardarla en un mundo en que ya no es posible vivir aislado, en que todo es solidario en amplitud y profundidad y en que todos sienten la repugnancia de las hegemonías, las tutelas o las absorciones.

Nos encaminamos hacia un mundo nuevo que debe hacer frente ante todo al problema de la miseria y del temor y encontrar una mejor distribución del bienestar; pero existen también otros problemas igualmente graves. Son la educación de las masas, el salvamento de los principios morales y la salvaguardia de la personalidad del hombre amenazada de verse aplastada por la máquina o de disolverse en el Estado o en la masa. Todo ello es largo y difícil y no será posible aproximarse al objetivo sino con medios y métodos distintos de los que han hecho bancarrota.

¿Cuál será el papel y el porvenir de Europa en el mundo nuevo?

Ya no es el único factor dirigente. Su civilización ya no es "la civilización". Es un engranaje, ciertamente esencial, pero solamente un engranaje del mundo futuro. No puede pretender ejercer hegemonías ni tener complejos de superioridad. Pero tendrá siempre un papel decisivo y continuará en posesión de valores esenciales y permanentes, entre los cuales continuará siendo un factor activo, cargado de sentido espiritual y moral, el Humanismo creado por Grecia y ensanchado por el mundo romano, animado de un nuevo espíritu por el Cristianismo y enriquecido con nuevos matices por el Renacimiento y por la técnica y la ciencia modernas.

Este humanismo europeo deberá coordinarse con el de otros sectores del mundo. Matices americanos —de la América anglosajona y de la América latina— figuran en primer lugar. Deberá reaccionar ante el reto de las ideas y de los modos de vida de la Europa más allá de la cortina de hierro —que Toynbee ha considerado como el más violento que haya tenido que sufrir Europa en muchos siglos. Tendrá que sacudir el cansancio que ha resultado de la guerra y formular de nuevo los objetivos a alcanzar y los ideales que perseguir, capaces de atraer la adhesión y de provocar el entusiasmo. Y, además, no perder el contacto con el humanismo de los grandes pueblos que poseen una tradición ilustre, con los del mundo árabe, con la India, la China y el Japón. Sólo cuando se habrán multiplicado los contactos con ellos y encontrado un terreno de inteligencia en que el Oriente y el Occidente se beneficiarán de los mutuos ejemplos y de las mutuas experiencias — se podrá llegar a un Humanismo total, a una síntesis verdaderamente humana, en que también las tradiciones de otros continentes que parecen menos comprensibles tendrán también algo que decir. No será imponiendo una forma de civilización como se producirá la del mañana. Ello no puede tener lugar sino construyendo un mundo multiforme en el que la tendencia a la unidad no aniquilará las personalidades diferentes, sino que logrará respetarlas y coordinarlas.